EL RINCÓN DEL DOCAT

Comentado por Mons. José Ignacio Munilla Aguirre

Nº 277

¿QUÉ ES EL PERDÓN?

Los hombres pueden causar un daño terrible. Se burlan, ignoran, mienten y engañan. Los cristianos, en lugar de lamentarnos por aquello que no sabemos eliminar del mundo, podemos crear la paz y llegar a la paz interior gracias a la posibilidad del perdón. El perdón no resta importancia al mal cometido, ni tampoco hace como si este no hubiera sucedido, sino que al perdonar lo que hacemos es introducir a Dios en la ecuación:«Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades» (Salmo 103,3).Con Dios a nuestro lado los seres humanos tenemos la fuerza para perdonar, incluso para hacer posible un comienzo donde a nadie le parecía humanamente posible.

Lo que subraya este punto 277 del Docat es que hay que introducir a Dios en la ecuación para poder perdonar y para no quedar atrapados por las heridas que han generado los errores y los pecados cometidos.

Porque lo peor del error y del pecado no es ya lo que ha sucedido, sino que de ahí el maligno pretende impedir poder construir el bien. El maligno siempre intenta que de un pecado venga el siguiente. La estrategia del maligno es hacer que del pecado venga la desesperación.

¿Eso en qué se traduce la práctica? que todo el mal que ha acontecido o el que yo he padecido haya generado en mí heridas que ahora me impidan amar y me impidan construir. Y yo me quede atrapado por lo que ha sucedido.

Para poder dar un paso adelante, para que no respiremos desde nuestras heridas (porque si respiramos desde nuestras heridas estamos perdidos) necesitamos ese aire fresco de Jesucristo en el evangelio queque me llama a perdonar y a volver a construirlo todo nuevo.

Mira cómo lo hago todo nuevo. Esto no quiere decir que esto suponga ni quitarle importancia a lo que ha sucedido, o sea, no es un relativismo, ni tampoco es una amnesia, hacer como si no hubiese sucedido (tapa, tapa ...no)

El auténtico perdón no nace ni de relativizar lo que sucedió y mucho menos de ignorarlo.

Hace poco una persona me preguntaba si el verdadero perdón conlleva el olvido, el olvido de las cosas. Yo, claro, obviamente le respondí, no, el verdadero perdón no se identifica con el olvido. Es verdad que Dios a veces nos da la gracia de olvidar de olvidar las cosas. Por ejemplo, yo a veces suelo decir que a los que somos confesores, a los sacerdotes, muchas veces Dios nos da la gracia del olvido. Confiesas los pecados de la gente y luego muchísimas veces Dios te da la gracia del olvido, de olvidar los pecados que te han sido confesados.

Eso es verdad y creo que trasladando esto,no al caso del confesor, sino del que se confiesa, la cosa es distinta.

Es verdad que hay personas que son más sensibles y que la memoria de cosas que sucedieron desagradables, les va acompañar más en la vida y otras que tienen la facilidad de pasar página, no digo que lleguen a olvidarlo, pero sí que no esté el recuerdo en primera línea, el recuerdo negativo que ocurrió. Y eso obviamente ayuda mucho cuando uno tiene esa psicología en la que no es tan sensible y lo que aconteció no le está siempre en primera línea.

Pero sí que es cierto que el perdón nos da la gracia de no permitir que ese recuerdo sea una bomba lapa que está continuamente imposibilitándolos amar, construir, mirar el futuro.

El perdón y el olvido ciertamente no son lo mismo, pero sí que permite que el recuerdo sea un recuerdo en el que construyamos, en el que aprendamos, en el que convirtamos el pecado del pasado, los errores del pasado, las injurias del pasado en una lección, en un canto a la misericordia de Dios y en una lección de cómo debemos de aprender actuar en el futuro. Entonces, esto difícilmente lo podemos hacer sin Jesucristo, sin el evangelio, sin esa palabra que nos dirige en la que nos recuerda que así hemos sido perdonados por Dios, que cuando Dios nos perdona, nos recrea, nos recrea.

Y para poder construir el futuro, hay que tener la capacidad de perdonar, es decir, de dar una un voto de posibilidad, de dar una oportunidad a recrear las cosas, a recrearlas. Si no la paz no es posible, no es posible recrearlo todo en ese don del perdón que es el amor de Dios hacia nosotros.